

Parte 1
Las que nos los dieron todo



Ecoerosofías ante la era de lo viral: disidencias epistémicas descoloniales¹

Marilú Rojas Salazar

Epistemologías alquímicas disidentes

La alquimia, en la antigüedad y en la época medieval, era una doctrina y una ciencia –o protociencia, según se mire– a la que se dedicaban ermitañ@s, sabi@s, teólog@s y filósof@s, pero muchas de las mujeres que la practicaban eran consideradas como brujas y perse guidas por ello. Era el estudio experimental de las mezclas químicas y el arte de la transmutación con el que se pretendía descubrir los elementos esenciales que componen

¹ Parte del presente trabajo es derivado del conversatorio con Ivone Gebara, Maricel Mena López y Marilú Rojas Salazar realizado en la celebración del aniversario de la Cátedra Gonzalo Báez Camargo, de la Comunidad Teológica de México, en abril de 2021.

el universo, convertir los metales en oro y descubrir el elixir de la vida, de la eterna juventud para vencer a la muerte. Uno de sus más preciados objetivos era descubrir la piedra filosofal, la cual les permitiría realizar esos y otros portentos. Especialmente para los hombres alquimistas, la piedra filosofal se tornó en una fijación, pues estaban convencidos de que les daría toda la concentración del poder.

Las alquimistas mujeres, en cambio, experimentaban y jugaban con los procesos de mezclar hierbas, sustancias, realidades, especies y demás seres, entes y entidades. Para ellas, no había “pureza” en todo lo que conformaba el universo; no existían cuerpos “puros”, sino las más diversas posibilidades de combinación que aplicaban en el ejercicio del poder sanador de sus cuerpos. Utilizaban, así, el conocimiento y el arte de mezclar al servicio del cuidado común, y a esos saberes los llamo *epistemologías alquímicas disidentes*. Mezclas de cuerpos, especies, naciones, sangres, fluidos, ideas, subversiones, militancias, compromisos y realidades políticas, sociales, culturales epistémicas y religiosas: todas las mezclas posibles de todos los elementos posibles. Y coloco las epistemologías alquímicas disidentes, además, como una cualidad de los profetismos híbridos callejeros expresados en las actuales militancias de las asambleas, las marchas, los mítines y las protestas como derecho a levantar la voz que clama justicia en los desiertos urbanos. Digo *desiertos urbanos* porque, contradictoriamente, si pensamos en la urbe como un gran espacio sobrepoblado, también es hoy un espacio lleno de asfalto que produce un calor asfixiante, resultado de la contaminación y de la depredación ambiental, y donde cada vez menos es escuchado el clamor por la justicia.

Traigo el concepto de *alquimia feminista* al contexto de profetismos emergentes observados en las protestas feministas callejeras en toda Abya Yala (como se llamaba el Continente Americano antes de la colonización) porque ése es, a mi juicio, el fenómeno que estamos viviendo las feministas entre las marchas contra los feminicidios, las protestas contra la desaparición de mujeres, las jóvenes que militan el feminismo de calle liberándolo del encorsetamiento de la academia, las redes de compañeras ciberfeministas que irrumpen en el espacio virtual promoviendo la conciencia crítica de género, las mujeres buscadoras de familiares desaparecid@s y que ahora pasan de ser víctimas a ser militantes de una causa por la justicia y la dignidad, las mujeres que resisten ante el neocolonialismo patriarcal, las mujeres defensoras de la tierra y de sus cuerpos-territorio, las mujeres defensoras del agua en lucha contra las industrias extractivistas patriarcales

neocoloniales del capitalismo devastador, los movimientos subversivos de las comunidades LGBTQ+ que siguen cuestionando la sociedad homo-lesbo-transfóbica e hipócrita que pretende ser progresista pero manteniendo las exclusiones y las desigualdades. Sin duda, éstos son los movimientos proféticos que hoy denuncian con voz potente las injusticias que cruzan por las identidades, los cuerpos, las sexualidades y los erotismos de cada persona.

Al reflexionar sobre los fenómenos sociales de disidencia y profetismo, he pensado en la alquimia, y la hago convertirse en el arte feminista de transformar el dolor y la violencia en un ejercicio de subversión epistémico-corporal y en el arte de despatriarcalizar el mundo a través de sus sabidurías, sus conocimientos y sus entretejidos sororales. En el arte de mezclar los saberes cotidianos de las mujeres mediante la colectiva construcción de una conciencia crítica de género. En el arte de mezclar e hibridar estudios, disciplinas y métodos: filosofía, química, biología, física, medicina, astrología, semiótica, misticismo, arte, espiritualidad, empirismo y todo puesto a reaccionar con la energía erótica que emana de los cuerpos vulnerados y, así, posicionarnos ante la vida para clamar justicia, dignidad, equidad y cada uno de los derechos que nos corresponden ante esta sociedad que se niega a evolucionar pero que no obstante va mutando velozmente. En el arte de combinar las causas más diversas en nuestras luchas cotidianas para transmutarlas en modos de fisurar el sistema patriarcal neocolonial fundamentalista, que desde hace tiempo permea los estados, la política, las formas de concebir el país, la nación. Y brotan esas trasmutaciones, esas mezclas y esas híbrides como recurso alquímico para experimentar y encontrar la mejor fórmula con que resolver el “mal de estos tiempos”. Brotan justo en medio de la actual crisis social mundial y atrapados en una pandemia viral que ha cobrado millones de vidas, poniendo en entredicho absoluto nuestras arrogancias, nuestras convicciones basadas en la supremacía antropocentrista. Brotan justo cuando estamos tambaleándonos como especie y alzando la voz para replantearnos quiénes somos y cuál es nuestro papel en el mundo. Eso que se hace en los laboratorios para conocer y combatir el virus que nos está doblegando podemos considerarlo como “alquimias”, metáfora de lo que los movimientos feministas han estado haciendo para enfrentar las problemáticas sociales de esta era de lo viral. Es también la época de lo viral porque estamos viviendo día con día la difusión masiva de realidades y que provocan conmoción social: se viraliza cada denuncia, cada

manifestación, cada movimiento feminista gracias a la tecnología, específicamente las de internet y las redes sociales.

Es la alquimia como ciencia de los cuatro elementos, de la búsqueda de tinturas y medicinas sanadoras –que en los feminismos comunitarios es un elemento central– la que me lleva a proponer la *alquimia feminista*, es decir, el arte de mezclar las diversas causas feministas, la mezcla donde no hay feminismos puros pero sí radicales, entendiendo por radicalidad el arte de descolonizar nuestros cuerpos-territorio, nuestras mentes, nuestros afectos, nuestros sentipensares para liberarnos del racismo, del clasismo y del sexismo. Cierta día, una de mis alumnas me hacía ver que una corriente de feminismo cuestiona los feminismos radicales. Me hizo pensar que, ciertamente, no hay feminismos puros, pero que la radicalidad es un elemento integrante de los feminismos todos, un ingrediente al cual no podemos renunciar dentro de nuestras alquimias.

Apuesto, entonces, por la alquimia feminista como metodología en diálogo con nuestras diversidades y luchas cotidianas, como esa *sabiduría de la mezcla* que propone Ivone Gebara:

Hoy estamos intentando acoger la diversidad y la mezcla que somos, como desafío y única condición para que la vida se exprese en su multiplicidad sin límites. Por eso, muchas organizaciones de mujeres se mezclan con las muchas banderas que reivindican la dignidad humana a partir de la multiplicidad de situaciones.²

Siguiendo las metáforas de la alquimia como metodologías de investigación y nuevas rutas de construcción del pensamiento, del discurso y de la vida misma, la alquimia feminista es también una mezcla de corporalidades, sexualidades, diversidades, luchas, territorios, realidades y rutinas diarias que se entretejen. Las mujeres no buscamos, como los alquimistas hombres, la piedra filosofal para concentrar el poder y convertir metales en oro, sino usamos la alquimia para combinar las vidas, los saberes, los sabores, nuestros pequeños poderes, nuestros deseos, nuestras luchas y nuestras cotidianidades como el arte de transformar nuestras vidas en *espacios vivibles para todas*, cuantas sea posible.

La alquimia me hace vivir el feminismo, sí, como una lucha cotidiana, pero también como una magia en la que nos es posible soñar, no con ingenui-

2 Ivone Gebara, *Filosofía feminista / Brevisima introducción* (Montevideo: Doble Clic, 2014).

dad, sino soñar y recuperar la fe, confiar en que las luchas de las compañeras serán capaces de transformar sus entornos en espacios dignos y saludables. Y sin excluir de ello la contradicción. Para Gebara, la contradicción es un elemento esencial de esas mezclas, ya que somos seres diversos y nos mantenemos en contradicción contra la lógica patriarcal de las purezas y de los binarismos, en los cuales se es bueno o se es malo, coherente o incoherente, de un grupo o del opuesto, cuando la vida real no es así. La contradicción es un ingrediente con el cual convivimos las feministas como un ejercicio epistémico crítico y autocrítico de nuestras propias certezas, que atraviesan nuestras vidas cotidianas, y la alquimia es un saber, una ciencia y un arte ancestral que actualmente vamos redescubriendo en nuestras contradicciones.

Ecoerosofías

He alquimizado el concepto *ecoerosofías*, comprendiéndolo como la fuerza interior de cada ser vivo que se posiciona para relacionarse con el mundo que le rodea y que emerge de los cuerpos que habitan otro cuerpo, un cuerpo que nos hospeda llamado Tierra, la cual es un ser vivo con una ternura radical impresionante. Nótese que no la defino como “madre” ni como “casa común”, como tradicionalmente se le concibe, y es intencional. Primero, me resisto a llamarla “madre tierra” porque también estamos sometiendo a los mandatos de género a ese maravilloso ser vivo que nos hospeda. Segundo, tampoco me refiero a este planeta cósmico como *oikos*, pues tradicionalmente se ha interpretado el vocablo griego como “casa común”, sólo que ese concepto, a mi juicio, tiene dos problemas epistémicos de fondo: por un lado, evoca la casa patriarcal y las relaciones jerárquicas que en ella se establecieron a partir del modelo *kyriocéntrico*: del griego *kyrios*, que significa “señor, tutor, maestro”, que en la antigua Grecia designaba al tutor oficial o legal de una mujer, pero también estratificado hacia abajo, hasta los esclavos –independientemente de si eran mujeres u hombres–; por otro lado, la casa es un objeto que puede ser vendido o comprado a través de la lógica del mercado, es decir, funcionaba como una unidad económico-social en la antigua Grecia, como lo sigue siendo ahora. En ese modelo, el paterfamilias es el hombre blanco, rico y libre que ejerce su autoridad soberana: en la antigua Grecia, era un heleno dueño del *oikos*, que establecía una jerarquía androlínea desde el varón más anciano hasta el varón más joven,

que no era otra cosa sino una serie de jerarquías patriarcales. Las mujeres, l@s niñ@s y l@s esclav@s eran bienes o pertenencias del paterfamilias.

Así, ¿en qué sentido tendría hoy que abordarse *oikos*? Desde el ecofeminismo, que estudia cómo es que las relaciones establecidas en el espacio Gaia (Tierra), el hábitat común de la humanidad, han sido relaciones de cosificación y de mercadeo desde el modelo *kyriocéntrico*, que se basa y se sostiene mediante la dominación y la explotación de quienes también habitan dicho espacio. Actualmente, esos “bienes” también son las comunidades LGBTTIQ+, los pueblos originarios, los ecosistemas, las especies no humanas, etcétera. Recuperar la Tierra como un cuerpo vivo y no como un objeto conduce a la corresponsabilidad intersubjetiva con ella para transformar las relaciones de dominación-opresión-explotación, transmutarlas en relaciones de equidad y de derecho como ser viviente. Además de reconocer que existe una conexión político-ideológica entre la dominación de las mujeres y la sobreexplotación de la naturaleza, lo cual se asume como “natural”, también en el ecofeminismo se analiza la situación de devastación que sufre el planeta provocada por el mismo sistema patriarcal, aferrado al ejercicio del poder “sobre” otros. Las ecofeministas, así, luchan por deconstruir esa “naturalización” y construir una propuesta en la que se nos reubique a los seres humanos dentro del lugar de la creación: como parte de ésta y no como los únicos, los mejores ni los que están por encima de ella. De esa manera, se anuncia el final del llamado Antropoceno y la emergencia de una nueva era. ¿Tal vez la era de lo viral?

Un segundo ingrediente en este caldero de alquimias es la erótica. Cuando hablo de *erótica*, estoy hablando de la fuerza interior que cada ser vivo posee y que llamamos también espíritu. Esa fuerza es potencialmente política, en el sentido de que con ella se busca el mayor bien posible para los demás seres, no sólo para la especie humana, y, a partir del reconocimiento de la interdependencia de unos y otros, establecer nuevas relaciones para la necesaria armonía de los ecosistemas, democrática para los grupos humanos. La erótica se torna totalmente cuerpo-territorio, pues emerge de nuestras corporalidades, de nuestras cavernas, de nuestras porosidades y de nuestros fluidos como fuerza de resistencia subversiva que se opone a los sistemas de dominio, al sometimiento y a los mandatos de género. Esa fuerza que emana de nuestras sexualidades corpóreas es la que nos permite defender los cuerpos considera-

dos abyectos, los cuerpos representados en géneros y los cuerpos rechazados;³ los cuerpos que importan y los cuerpos que hasta ahora no han importado: el cuerpo-tierra, el cuerpo-agua, el cuerpo-aire, el cuerpo-fuego, el cuerpo-animal, el cuerpo-vegetal, el cuerpo-mineral. Una fuerza con que insistir en que tod@s somos parte integrante de una corporalidad mayor llamada Tierra, y así, desde un cuerpo no patriarcal, tomar conciencia de que es ahí donde cohabitamos tod@s y desde donde clamamos justicia en los movimientos callejeros de denuncia y protestas.⁴ Desde las *sofías*

La sabiduría clama en las calles,
Alza su voz en las plazas;
Clama en los principales lugares de reunión;
En las entradas de las puertas de la ciudad dice sus razones.⁵

La divina sabiduría o *rûah*, “sabiduría que emana de la boca de Dios”, es descrita por el autor o la autora del texto bíblico como la mujer que se encuentra en la frontera de los caminos, la frontera entre lo masculino y lo femenino, entre lo nativo y lo extranjero, entre lo creado y el creador, entre dios y diosa;⁶ en la frontera de la descolonialidad que se resiste al racismo, al sexismo y a toda exclusión. Los saberes y los sabores ancestrales están representados en la maravillosa imagen de una mujer, oriunda de pueblo, que se suelta el cabello y sale a predicar a las calles. La sabiduría es representada también como la mujer anfitriona de un banquete. Para nuestros contextos, la sabiduría es refigurada en las manifestaciones y los movimientos callejeros de mujeres que están protestando a lo largo y ancho de nuestros países latinoamericanos y caribeños en defensa de sus cuerpos y el de la tierra –la Tierra– y en denuncia del extractivismo; en la búsqueda de seres queridos desaparecidos, en su mayoría mujeres víctimas de la violencia. Las asambleas callejeras, afirma Judith Butler, se están oponiendo a la precariedad y a la exposición de los cuerpos a la violencia y al abandono, cuerpos cuya vida está amenazada. Y es en esas asambleas donde reside un po-

3 Judith Butler, *Cuerpos que importan / Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”* (Buenos Aires: Paidós, 2005).

4 Judith Butler, “Vulnerabilidad corporal, coalición y la política de la calle”, en *Nómadas*, núm. 46 (Bogotá: Universidad Central, abril de 2017), 13-29.

5 Proverbios 1, 20-21.

6 Ángel F. Méndez Montoya, *El festín del deseo / Hacia una teología alimentaria* (México: Conspiratio, 2010).

der que hace posible la afirmación del derecho.⁷ Dicho poder, a mi juicio, emana de las sabidurías que conspiran, de los cuerpos en disidencia a través del poder de la palabra como denuncia profética, ya que los movimientos que más están haciendo tambalear al Antropoceno son los feministas, los ecologistas y los migratorios. Las sabidurías han emigrado a las calles, y desde ese nuevo areópago claman justicia, cuestionan a las academias y bregan por quebrantar los sistemas de opresión, descolonizando la propia comprensión del concepto atrapado en los esquemas de erudición y colocándose en y desde su cuerpo, su erotismo, su sensualidad y su sexualidad para retar a quienes los han concebido sólo desde el “intelecto” y en el lenguaje del raciocinio absoluto.

Concibo la *ecoerosofía*, entonces, como la trinidad feminista que inhabita los cuerpos diaspóricos y fragmentados, los cuerpos desechados por el Dios patriarcal, los cuerpos pornografizados y utilizados por la sociedad de consumo y la mercadotecnia. Entiendo la ecoerosofía como fuerza vital de resistencia que se opone al olvido y hace resurgir la memoria clandestina en los marginados de la historia. Marginados que encuentran placer en la esperanza política y anhelan el deseo de una justicia que no termina de llegar.

La fuerza (*Eros*) sabia (*Sofía*) del cuerpo que nos hospeda (*Eco*) inhabita nuestros cuerpos y el cuerpo de toda la creación, confluye en una unión hipostática en la que las tres amantes poseen el ardiente deseo de mantener una comunión en correlación con todas las personas diversas (sexo-género), superando la homofobia, la lesbofobia y la transfobia; en una interpenetración de las culturas y las razas para superar cualquier xenofobia y mostrar, así, la unión de la diversidad. La trinidad ecoerosofiánica reconoce que la distinción es necesaria para la comunión como realidad abierta, en la que las tres realidades no constituyen un círculo cerrado sino una espiral de personas, y que los cuerpos diaspóricos –cuerpos despreciados por su sexo, su género, su racialidad, su situación social–, cuerpos fragmentados o necrofílicos, son inhabitados por la consubstancialidad ecoerosofiánica.

Eros, Sofía y Oikos: cada una penetra en las otras y se dejan poseer entre ellas; cada una mora en la otra, se abren hacia afuera de sí mismas e invitan a las criaturas del universo a la vida divina en la humanidad plena. Son la fuerza que inhabita nuestras sexualidades, nuestros erotismos y nuestros cuerpos vulnerados por los sistemas patriarcales, y son la fuerza que nos hace pasar de la

7 Judith Butler, *Sin miedo / Formas de resistencia a la violencia de hoy* (México: Taurus, 2020).

rabia a la resistencia cada vez que nos juntamos en las calles para protestar, para clamar justicia, para constituirnos en un cuerpo formado por otr@s much@s cuerp@s y practicar el arte de alquimizarnos en un clamor común que anhela, en la era de lo viral, transformar los entornos cotidianos en espacios verdaderamente vivibles. Eso nos conduce a repensar la antropología y la epistemología de academia para retornos a pensar “fuera del eje”, como Gebara plantea.⁸ Y es que pensar fuera del eje implica descolonizar la propia academia; se trata de pensar con el cuerpo, desde los sucesos de la vida cotidiana, desde relaciones interpersonales diversas, plurales y no heteronormadas, y muchas veces desde otros parámetros no rigurosamente académicos. Entonces, mi propuesta no es prescindir del rigor científico ni de la estructura académica, sino hacer lo que yo llamo *devaneos epistémicos*.

Los devaneos epistémicos son los coqueteos o flirteos entre el rigor científico occidental y las sabidurías descoloniales, que no carecen de rigor y método, sino que incorporan la vida cotidiana, el amor, las mezclas de las sabidurías que venimos senti-pensando desde las corporalidades abyectas y desde los cuerpos marginales. Devaneos epistémicos significa coquetear con la sexualidad, el erotismo, la pasión y el deseo como características del conocimiento y de los saberes cotidianos en una especie de epifanía de lo cotidiano. De esa manera, conseguiremos iniciar un proceso real de descolonización de los conocimientos situados, sexuados y anhelados. Coquetear en la era de lo viral a la que nos enfrentamos es un reto, contrario a

[1]a digitalización que desmaterializa y descorporeiza el mundo. En lugar de guardar recuerdos, almacenamos inmensas cantidades de datos. Los medios digitales sustituyen así a la memoria, cuyo trabajo hacen sin violencia ni demasiado esfuerzo. La información falsea los acontecimientos. Se nutre del estímulo de la sorpresa. Pero éste no dura mucho.

Rápidamente sentimos la necesidad de nuevos estímulos, y nos acostumbramos a percibir la realidad como una fuente inagotable de éstos. Como cazadores de información, nos volvemos ciegos ante las cosas silenciosas y discretas, incluso las habituales, las menudas y las comunes, que no nos estimulan, pero nos anclan en el ser.⁹

8 Ivone Gebara, *Ensayo de antropología filosófica / El arte de mezclar conceptos y plantar desconceptos* (Navarra: Verbo Divino, 2020).

9 Byung-Chul Han, *No-cosas / Quiebras del mundo de hoy* (México: Taurus, 2021).

El mundo se vacía como voces sin cuerpo, afirma el filósofo surcoreano-alemán Byung-Chul Han. Y, mientras tanto, las ecofeministas, con nuestras propuestas eroecosofiánicas, afirmamos la necesidad de los cuerpos deseantes de una auténtica calidad de vida y clamamos por el derecho a ser cuerpos llorados, cuerpos que importan, cuerpos en alianza política,¹⁰ cuerpos que encarnan la comunión de la divinidad en el devaneo cotidiano entre la trascendencia y la inmanencia. Afirmar la corporalidad ante esta era cibernética que nos descorporaliza conlleva subvertir y cuestionar sus extremos, pues, aunque no se trata de condenar los avances tecnológicos y científicos –mucho nos han permitido crear y establecer otras muchas formas de comunicación–, sí tenemos que ejercer el sentido crítico y plantearnos: ¿qué pasa con nuestros afectos, con los tiempos de placer y con nuestra propia corporalidad en esta era de lo viral?

10 Vid. Judith Butler, *Sin miedo / Formas de resistencia a la violencia de hoy*.